

Autor: Abilio Ayuso

HIJO DE LA LUNA

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Me he inspirado en la canción del mismo título de Ana Torroja (del grupo Mecano) para escribir este relato en el cual doy continuidad a la historia y completo la trama dotándola además de un final de los que a mí me gustan.

Ella se llamaba Luna y siempre se sintió identificada con el astro del mismo nombre al cual asociaba todas las cualidades: Su luz no quemaba como la del ardiente Sol y tenía la virtud de renacer después de cada ciclo.

Pertenecía a una tribu de gitanos que aún a finales del siglo veinte recorrían Europa del Este con sus carromatos ofreciendo música, juegos malabares, adivinanzas, folclore y por qué no decirlo: Robando y engañando a cualquier incauto que se pusiera por delante.

Era indiscutiblemente la más bella de toda la comunidad, lo cual, añadido a su carácter místico y algo retraído, la hacía aún más atractiva, eso, y el haber enamorado perdidamente a Jesús, el macho alfa de la tribu, le ganó la enemistad jurada de Zaira, su reverso de la moneda.

Toda la sencillez y modestia de Luna, en Zaira era voluptuosidad, soberbia y desparpajo, desde su piel tostada y su tipo de curvas provocativas hasta sus modales descarados y libidinosos. Nunca aceptó el no haber sido ella la escogida por Jesús y siempre estaba a la espera de tramar su venganza, por eso no había aceptado casarse con ninguno de sus pretendientes esperando el momento de arrebatarse a Luna su marido.

Para aquella gente, que transcurriera un año del matrimonio sin que se produjera el embarazo, ya era mala señal, pero si encima eran dos, como en este caso, daba pie a toda clase de habladurías, atizadas por Zaira desde la sombra, que afirmaba que en ese tiempo ella ya habría dado dos churumbeles a Jesús.

Luna lo tomaba con resignación y a veces se separaba del grupo para hablar con su homónima, el astro de la noche y contarle sus desventuras, eso enfurecía al celoso y machista Jesús, que le preguntaba que buscaba ella sola entre la espesura del bosque nocturno y la amenazaba con matarla si tenía el más mínimo encuentro con otro hombre.

Finalmente, ella se quedó embarazada para alegría de todos, excepto de Zaira, que no perdía ocasión de lanzar sus maledicciones insinuando que tal vez Luna habría recurrido al adulterio para quedarse encinta, ya que no le funcionaba con Jesús.

Dio a luz una noche de luna llena, y hubiera sido motivo de gozo de no ser porque el niño nació albino, su cabello era blanco y su piel como la nieve.

Tal vez en otras circunstancias Jesús hubiera aceptado que se trataba de una enfermedad como otra y que el niño era hijo suyo, más cuando su mujer, con lágrimas en los ojos le juró por la gloria de sus antepasados que ningún otro hombre la había tocado, pero en esta ocasión fue cobarde y, a pesar de lo mucho que amaba a Luna, no resistió la presión de los chismorreos y los decires de toda la tribu, alentados por supuesto por Zaira.

Al cabo de cuatro semanas, en otra noche de luna llena, le dijo escuetamente a su mujer: “Sabes que tengo que matarte, ¿Verdad?”.

Ella le contestó muy serena: “Si piensas que con mi sangre lavarás tu hombría hazlo, lo doy por bien empleado, pero si le haces el menor daño a nuestro hijo mi espíritu te perseguirá y te atormentará hasta que mueras”.

“Bien mujer, te doy mi palabra, ni le haré daño alguno ni permitiré que nadie se lo haga, pero tampoco cuidaré de él como hijo propio”.

Acabado de decir esto hundió su navaja en el vientre de la pobre Luna una y otra vez, como si de un ritual se tratara, hasta que ella dejó de respirar.

A pesar de toda su chulería y machismo, Jesús era muy supersticioso, como la mayoría de los de su raza, y se tomó muy en serio la amenaza de su mujer, así que adoptó una repugnante y cínica decisión, llevaría el niño al bosque y lo abandonaría allí, de aquella forma cumpliría su promesa de no dañarlo ni permitir que nadie lo hiciera.

Subió con su pequeño cargamento colina arriba y en medio de un claro abandonó al niño sobre una roca plana.

En un último acto de chulería, antes de marchar miró a la espléndida Luna llena que lucía en lo alto del cielo y le dijo: “¿No te llevabas tan bien con mi mujer que siempre te contaba sus cosas?, pues cuida ahora tú del niño”.

Seguidamente descendió a toda prisa sin volver la vista atrás y comunicó al resto de la tribu que había tenido que matar a su mujer como castigo de su infidelidad.

Hubo rumores y frases masculladas entre dientes, pero nadie se atrevió a enfrentarse con Jesús, principalmente porque Luna pertenecía a otra tribu muy distante y no tenía allí ningún pariente.

Excavaron una somera fosa, la enterraron y partieron de allí a toda prisa, si tenían contacto con los de su tribu les dirían que ella y el niño habían muerto como consecuencia del parto.

Zacarías era un hombre rico, aunque no por méritos propios sino por herencia, su carácter introvertido y modesto no encajaba con la alta sociedad de su entorno, por lo cual muy gustosamente se había autoexcluido de la misma dedicándose a su principal pasión, el estudio de la naturaleza.

Casado desde hacía años con Gina, una buena mujer que había dejado su puesto de jefa de enfermeras para compartir sus vidas, no habían logrado tener descendencia y tampoco quisieron forzarlo mediante tratamientos artificiales.

La vida de ambos era placentera, pero algo monótona, él se dedicaba a sus bichos y ella a cuidar la casa y desarrollar su pasión: El fantástico jardín y el huerto trasero.

En alguna ocasión organizaban algún tranquilo viaje, principalmente cultural, para ello encargaban la vigilancia de la casa a Kavi, un gitano a quien Zacarías había sacado de algún apuro y le había ayudado a encontrar trabajo y vivienda para toda su familia.

Kavi era una persona noble y agradecida, y sabiendo que él estaba al cargo, nunca se atrevió nadie a tocar ni una sola lechuga del huerto de Zacarías en su ausencia.

Aquella noche de Luna llena se presentaba perfecta para el estudio de una colonia de búhos que habitaban un hueco del frondoso roble en lo alto de la colina, se aposentó en absoluto silencio con su traje de camuflaje, sus cámaras y gafas de visión nocturna en lo alto de un árbol cercano preparado para grabar lo que en el nido sucediera, aunque de inmediato su atención se vio atrapada por la presencia de aquel gitano chulesco que descargó un pequeño fardo sobre la roca, lo desenvolvió dejando a la vista un precioso bebé y remató su acción haciendo un brindis a la Luna.

Zacarías era un naturalista con buenos reflejos acostumbrado a grabar de inmediato la acción allí donde sucediera, desde el momento en que vio aparecer al gitano en el claro del bosque enfocó hacia él su cámara y grabó toda la escena, en cuanto el hombre desapareció de la vista descendió a toda prisa de su refugio, tomó al bebé en brazos y lo llevó a su todoterreno que estaba aparcado en un sendero cien metros más abajo en dirección opuesta de donde había desaparecido Jesús, lo envolvió en una suave manta y lo dejó allí a salvo de cualquier alimaña.

Con la agilidad y el sigilo de quien está acostumbrado a moverse en el entorno natural, Zacarías regresó a la cumbre de la colina y andó por el camino que había seguido aquel mal hombre hasta que divisó el círculo de carromatos, allí se apostó a una distancia prudencial amparado con su traje de camuflaje y dispuesto a grabar todo lo que sucediera con su teleobjetivo, cámara de alta sensibilidad y su antena captadora de sonidos que utilizaba para los reportajes de ornitología.

Vio que los gitanos habían cavado una fosa no demasiado honda en la que depositaron un cuerpo envuelto con una manta al que cubrieron someramente con tierra y ramas.

No necesitó ver más, quien estuviera en aquel agujero ya no precisaba su ayuda, al contrario del bebé que tenía en su coche, regresó a toda prisa y conduciendo lo más rápido posible en media hora estaba en su mansión de las afueras del pueblo.

Su mujer se había quedado despierta leyendo una novela para poder darle a su marido una taza de caldo caliente a su regreso de la expedición ornitológica, pero se quedó helada cuando vio lo que él llevaba en brazos y no pudo por menos que preguntar: “Pero Zac, que precioso, ¿De dónde lo has sacado?”.

“Lo han abandonado en el bosque, tú que eres enfermera, busca con que podemos alimentarlo, tal vez un batido de leche y plátano, en el garaje guardo un par de biberones de cuando cuidamos a esas crías de zorrillo, yo tengo que volver porque el caso aún no está cerrado, y por supuesto no se te ocurra comentar nada a nadie”.

Zacarías volvió al mismo punto donde antes había aparcado, subió y bajó otra vez la colina y, a la luz del alba, acertó a ver las carretas que se perdían en la lejanía.

Sin dudarle ni un momento, desenterró la fosa donde habían colocado el cadáver con las herramientas que llevaba preparadas, destapó la manta y no pudo evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos al contemplar la serena belleza del cuerpo desnudo de Luna y sus heridas en el vientre: “¡Malditos canallas!, ¿Que te han hecho angelito?, pero no te preocupes, juro que te vengaré, aunque me lleve media vida el conseguirlo, y estate tranquila, cuidaré a tu hijo como si fuera mío”.

Repuesto de la primera impresión, tomó fotografías de la muchacha desde todos los ángulos, tanto de cara como de cuerpo entero, aunque en alguna de ellas cubrió pudorosamente su pubis y pechos con grandes hojas de árbol, también fotografió un primer plano de las heridas de su vientre, la envolvió otra vez con la manta y volvió a enterrarla, no sin antes tomar muestras de su cabello y tejidos para conservar su ADN.

Regresó a su casa completamente apesadumbrado por la muerte de la chica, aunque animado por la expectativa de criar a su hijo.

A pesar del argot usado por los gitanos había podido desentrañar la trama del asunto, aquel desgraciado había matado a su mujer por una supuesta infidelidad al tener un hijo albino.

Hubiera sido fácil denunciar el asesinato y abandono del niño a la policía, por mucho que la caravana corriera los hubieran alcanzado, pero no deseaba un resultado tan simple, en principio porque si se conocía la identidad del bebé siempre lo podría reclamar un tío o una abuela y en segundo lugar, porque sin testigos del crimen, siempre podían decir que la habían encontrado apuñalada en su carromato y salirse de rositas, Zacarías no tenía una confianza ciega en la justicia y menos cuando se enfrentaba a grupos de personas dispuestas a mentir con todo el descaro, él aplicaría su propia justicia.

Lo primero que hizo fue hablar con Kavi y ponerle al corriente del asunto sin rodeos, le dijo: “Quiero vengar a esa pobre mujer y su hijo, que ahora será mío, tómame esto como un trabajo, yo te abonaré un buen sueldo y todos los gastos, necesito que averigües quien son, a donde van y amplíes los datos que yo tengo”.

Kavi escuchó las grabaciones de audio y vídeo a buen volumen y confirmó las sospechas de Zacarías: “Pues sí, la mató por las habladurías, y en todo ello veo metida a una tal Zaira, esa gitana explosiva, a la que una comadre acusa de haber sido la instigadora”.

“Si es así ya tengo suficiente, solo necesito que los tengas localizados para que el día que quien va a ser mi hijo tenga consciencia pueda decidir lo que desea hacer”.

A Kavi no le fue difícil seguir el rumbo de la caravana y hacerse el encontradizo en la taberna del siguiente pueblo, presentándose como un gitano simpático y dispuesto a dejarse un buen dinero invitando a todos los de su raza, de aquella forma consiguió trabar amistad con algunos de los miembros de la tribu, incluyendo al propio Jesús que le prometió que seguirían en contacto.

Zacarías alquiló una potente pala excavadora para hacer supuestos trabajos en su casa, compró en una cantera una gran losa de granito totalmente irregular como una roca natural y ordenó que la cargaran en la pala de la máquina, se dirigió al lugar donde habían enterrado a Luna y descargó la pesada losa encima.

Al mes siguiente pidió a un artesano de la piedra que grabara en la roca una luna en cuarto creciente explicándole el rollo de que sobre aquella piedra y mirando la luna le había pedido matrimonio a su mujer.

Años después la tribu, en su eterno peregrinar, volvió a pasar por aquel camino de carro, reconocieron el claro donde habían sucedido aquellos hechos tan dramáticos, por supuesto no pensaban acampar allí, pero al contemplar la roca con la enorme luna grabada se detuvieron estupefactos, unos se pusieron a temblar, otros se quedaron pálidos, algunas mujeres sollozaron, seguidamente azuzaron a los caballos y huyeron como alma que lleva el diablo sin detenerse hasta que hubieron puesto muchos kilómetros por medio, aquella noche nadie pudo cenar y algunos ni siquiera dormir, las viejas repetían conjuros para ahuyentar los espíritus. Nunca más se atrevieron a pasar por aquel camino.

Dicen que un clavo quita otro clavo y a Zaira no le costó nada hacerse con el amor de Jesús y ser su esposa, consultó a la comadre bruja para ver cómo y cuándo debía copular con él para quedarse encinta, pero cuando después de seis meses no lo hubo logrado se dijo a sí misma que no permitiría que el destino le jugara la mala pasada que a Luna y si con Jesús había dificultades ya se buscaría ella un apaño, con ello además se curaba en salud por si acaso la culpa de que el niño fuera albino era precisamente causa de su padre.

En el siguiente periodo de fertilidad le planteó el asunto con toda claridad a uno de los gitanos que siempre había estado loco por ella, era padre de dos críos muy normales y había dejado encinta a su esposa fácilmente: “La cosa va así, parece que a Jesús le cuesta dejar preñadas a las mujeres, follaremos tú y yo y me harás hijos, pero si se te escapa una sola palabra haré que se te coman vivo las ratas”.

Zaira jugaba con el hecho del relativo parecido físico de aquel muchacho con Jesús ya que en aquella tribu la endogamia estaba a la orden del día.

El chico le juró confidencialidad por lo más sagrado, en principio porque temía a Jesús y en segundo lugar porque creía perfectamente capaz a Zaira de cumplir sus amenazas.

Zacarías dejó pasar una semana para que no quedara ni rastro de los fugitivos, luego pidió amablemente al jefe de policía del pueblo, con el que mantenía una buena relación, que viniera un día a tomar café a su casa, al cabo de un rato de conversación intrascendente, el astuto policía le dijo: “¿Me harás esperar mucho para explicarme el motivo real de tu invitación?”.

Zacarías sonrió y respondió: “Bien, pues al grano: Tú sabes que voy por los bosques filmando bichos de todas clases”.

“Si, y hasta tienes algunos premios y reconocimientos de alguna entidad naturalista, ¿Has tenido problemas por invadir las tierras de algún campesino o coto de caza?”.

“Nada de eso, pero los que vamos removiendo por los bosques a veces encontramos cosas”.

“Déjame adivinar, si fuera un cadáver me lo habrías dicho de inmediato y no estaríamos tomando café tranquilamente: Un alijo de droga o un tesoro”.

“En cierto modo es un tesoro y me lo quiero quedar, sube a la habitación que te lo enseño”:

Al ver al niño en brazos de Gina el curtido funcionario solo supo exclamar: “Hostia puta, ¿Dónde lo has encontrado?”.

Zacarías le dio una localización absolutamente distante de la auténtica y le dijo: “Pienso que puede ser de alguna adolescente soltera que quiso encubrir su falta y no se atrevió a matarlo, tal vez ni siquiera es de este pueblo”.

“Bien, haremos una investigación y redactaré un informe, de momento el niño necesita cuidados y atención especializada, no se me ocurre nada mejor para ello que tu mujer y tu casa, pero no os encariñéis demasiado, porque si aparece un familiar cercano tendremos que entregárselo, muéstrame todo lo que llevaba cuando lo encontraste”.

Zacarías había quemado prudentemente la ropita y la manta original del bebé, le mostró una manta propia con la que le habían abrigado después y le dijo: “Esto es todo lo que llevaba”.

Evidentemente las pesquisas no dieron ningún resultado y las autoridades decidieron que quien mejor para adoptar al niño que la familia que, además de haberlo salvado, tenían todas las cualidades, a saber: Sin descendencia, muy buena reputación y una sólida situación económica.

Le pusieron al bebé el nombre de Ángel, tal vez por su blancura y porque les había caído del cielo, nunca le ocultaron su condición de adoptado, pero siempre le dijeron que no le explicarían quien eran sus verdaderos padres hasta que cumpliera la mayoría de edad.

Y Ángel creció, como un regalo del cielo para aquella familia, fue un hijo sano, inteligente, bueno y cariñoso.

Su carisma y desenvoltura le libraron de la exclusión social por su albinismo, cuando le preguntaba a su padre por esa condición, éste le contestaba medio en broma: “Porque eres hijo de la Luna, te encontré sobre una roca una noche de Luna llena bañado por sus rayos”.

Pero el tiempo no se detiene, llegó la mayoría de edad y sus padres cumplieron su promesa, fue al día siguiente de su cumpleaños, para no empañar la celebración.

Zacarías extrajo de su caja fuerte todas las grabaciones y fotos que había agrupado en una especie de documental e hizo que el chico lo visionara en la enorme pantalla del televisor de la sala.

El muchacho no pudo reprimir un sollozo, principalmente al ver el rostro de su bella madre, al finalizar su padre le dijo: “La pregunta ahora es: ¿Qué quieres hacer con este asunto?”.

“¡Venganza!, quiero venganza”.

“Bien, pero no permitiré que con ello arruines tu vida”:

“Papá, tú me conoces, soy lo suficiente inteligente, astuto y cerebral como para vengarme de una forma sofisticada, sin implicarme directamente”.

Zacarías puso al muchacho en contacto con Kavi, que con toda fidelidad había estado siguiendo el rastro de aquella tribu haciéndose el encontradizo en ocasiones en el papel de comerciante que debe deambular por todos los pueblos de la región.

Ángel estudiaba los primeros cursos de medicina, era un alumno aventajado, con un gran carisma y muy buenas relaciones sociales, esperó pacientemente a que la tribu llegara a las afueras de la ciudad donde estudiaba y le dijo a Kavi: “Te he preparado una botella de vino dulce de dos litros, es de muy buena marca, pero estará trucada, deberás invitar con cualquier excusa a los gitanos de aquella tribu, se pondrán tan enfermos como para tener que ir al hospital, pero tranquilo, no es mortal, tú habrás tomado antes un antídoto”.

Kavi cumplió a la perfección, se presentó con una pierna del mejor jamón de la comarca y la botella, radiante de felicidad por haber sido abuelo, todos bebieron, comieron, rieron y cantaron. Al día siguiente la mayoría de los adultos estaban en el hospital:

Ángel habló con toda claridad con las doctoras residentes que estaban de guardia, las cuales le tenían en gran aprecio, explicándoles una medio verdad: “No es ningún secreto que soy adoptado, pienso que esta será mi única oportunidad de saber quién son mis auténticos padres, necesito que, si aparecen por aquí los gitanos que están acampados en las afueras de la ciudad, les toméis muestras de ADN sin decirles ni mu, para compararlas con el mío”.

Y vaya si vinieron al hospital. Asustados como estaban no tuvieron ningún reparo en dar sus datos, entre ellos la relación de parentesco, y dejarse tomar muestras de sangre y saliva, se les administró la medicación adecuada y al cabo de tres días estaban mucho mejor.

Las pruebas fueron reveladoras, Ángel era hijo de Jesús, pero sus dos hijos actuales no eran suyos, sino de otro miembro de la tribu, al verlas el muchacho sonrió y pensó: “Mi venganza está servida”.

Poco después Kavi se presentó para interesarse por la salud de la familia, diciendo: “Yo he estado perfecto, eso es que bebisteis de una fuente contaminada o pillasteis algo de algún granjero que lo habría envenenado para matar las alimañas”.

“Luego en un aparte le dijo a Jesús: “Hay un hombre que me ha propuesto un negocio de mucha pasta, yo no puedo cogerlo, pero sería bueno para alguien decidido y valiente como tú”.

El dinero mueve montañas y Jesús quedó de acuerdo en verse con el contacto en un tugurio de mala fama en las afueras de la ciudad.

Ángel llegó a la hora convenida, Jesús le esperaba en una mesa apartada. Tal cual llegó el muchacho dejó clara su posición sacando una pistola de su costado, cargándola y poniéndola en su cintura mientras decía: “En estos ambientes hay que ser precavido”.

Acto seguido continuó explicando: “Estuvisteis hace días en el hospital, os hicieron varias pruebas y yo tengo allí buenos contactos, aunque estéis algo aislados sabrás que la ciencia ahora puede saber muchas cosas de la gente con solo una muestra de sangre o saliva”.

“Vale, ¿Y a qué coño viene todo esto?”.

Ángel abrió una carpeta y fue como si a Jesús le hubieran picado cien escorpiones, allí estaba la foto de Luna y otros documentos, mientras tanto el muchacho le decía: “Pues la ciencia ha averiguado que, a pesar de mi piel blanca, soy hijo tuyo y de ella, mientras que estos otros dos a los que llamas hijos, lo son de Zaira, tu mujer y Manuel, y cuidadito porque si haces al más mínimo movimiento extraño tendré mucho gusto en coserte a tiros, ahora te dejo con todos estos papeles para que replantees tu vida”.

Dicho lo cual se puso en pie. Jesús estaba sobrepasado, ahí estaba mirándole acusadora la foto de Luna a la que había matado injustamente, el hijo que había abandonado para ser devorado por las alimañas era en realidad su único hijo, por lo visto si Luna tardó en quedarse embarazada fue porque él tenía dificultades para ser padre y lo peor de todo fue que comprendió con toda claridad el papel insidioso de Zaira.

Pidió una botella de licor, de la cual bebió la mitad, arrojó la carpeta al fuego de la chimenea y seguidamente volvió a donde estaban acampados. En pocos minutos había matado a Zaira, Manuel y los hijos de ambos.

La tribu pensó que aquello no se podía ocultar y avisó a la policía, en el juicio Jesús alegó que todo había sido producto del alcohol y un ataque de celos que le había hecho perder temporalmente la cabeza, fue condenado a veinte años de prisión, de los cuales solo cumplió quince por buena conducta y trabajos penitenciarios.

Cuando salió del presidio recibió un recado escueto que decía: “Si quieres ajustar cuentas podemos vernos esta noche a las doce en el mismo sitio donde enterraste a mamá”.

La ira y el deseo de venganza le hicieron sobreponerse al miedo supersticioso que aquel lugar le inspiraba, era una noche de Luna llena que permitía la visión perfecta en el claro del bosque.

Cuando apreció Ángel por el otro extremo hizo ademán de abalanzarse sobre él, pero se detuvo al ver que el chico, convertido ya en hombre maduro, extraía dos revólveres de su cazadora mientras le decía: “No esperes que me ensucie las manos en un cuerpo a cuerpo con una sabandija como tú, además sería injusto porque ya eres viejo”.

Acto seguido lanzó una de las armas a los pies de Jesús y el otro a los suyos propios mientras le decía: “Ahora estamos empatados, no como el día en que me dejaste para ser devorado”.

A pesar de su edad, Jesús se lanzó rápidamente sobre el revolver y disparó mientras gritaba: “Aquella noche debí matarte, pero nunca es tarde”.

Ángel acusó el disparo, pero con toda flema apuntó al vientre de su padre y disparó al mismo tiempo que decía con toda serenidad: “Este por mi madre, en el mismo sitio donde le diste las cuchilladas”.

Jesús aún acertó a disparar dos veces más al tiempo que recibía otros cinco disparos en el vientre, quedó allí retorciéndose en el suelo como un gusano mientras su hijo, a pesar de los impactos recibidos, se acercaba y le decía con todo el cinismo: “¿Lo ves?, eres un mierda que solo sirves para matar mujeres y niños, y no pienses que te voy a enterrar aquí con ella, voy a quemar tu cuerpo y tirar tus cenizas a la cloaca”.

Seguidamente besó la losa bajo la cual yacían los restos de su madre y con lágrimas en los ojos balbuceó: “Mamá, estás vengada”.

Tal cual lo había dicho, cargó el cadáver en el todoterreno y regresó a su finca.

En un rincón del vasto terreno había un cobertizo con una enorme barbacoa donde en ocasiones habían cocinado un cerdo entero, allí tenía preparada una buena pira de leña y combustible, puso el cuerpo encima sin ningún miramiento, prendió fuego y marchó a su casa dejando que las llamas hicieran el trabajo.

Sus padres, que estaban al corriente del asunto, le esperaban despiertos, Gina le preguntó de inmediato: “¡Hijo!, ¿Estás herido?”.

Ángel sonrió y contestó: “El cabrón me ha disparado tres veces, pero no sabía que los cartuchos de su revolver tienen menos carga, tendré tres buenos morados solamente, con gentuza así no hay porqué jugar limpio ni darles oportunidades, ¿O acaso él se las dio a mi madre?”.

FIN